

CAPITULO VII.

SIGLO X.

SUMARIO.—I. Cristóforo.—II. Marozia, duquesa de Toscana.—III. David el David.—IV. Teofilacto, patriarca de Constantinopla.—V. Sisnando, obispo de Compostela.—VI. Nicéforo II, Focas.—VII. Bonifacio Franco, antipapa.—VIII. Crescencio.—IX. Juan Filagato.—X. Leutard.

I.

Cristóforo ó Cristobal, antipapa.

(MURIO AÑO 904 DE N. S. JESUCRISTO.)

Durante el siglo X, la Iglesia disfrutó una paz exterior que no puede compararse con ninguna de las épocas más bonancibles, pues no tuvo que sostener guerra alguna de importancia ni con

la herejía, ni con ningún otro género de persecución de los que se han empleado contra ella; pero en cambio la situación de Italia, y especialmente de Roma, no podía ser más triste.

La decadencia de la soberanía imperial había dejado á la antigua corte de los Emperadores paganos entregada á sí misma y á merced de los ambiciosos, que convirtieron en fortalezas los arcos de triunfo y otros monumentos antiguos, y aspiraron en su ambición, no sólo á la soberanía de la ciudad, sino á hacerse árbitros de los destinos de la Iglesia, colocando á sus hechuras en el Soglio Pontificio.

La audacia de los señores y el cinismo de algunas damas principales, que abusando del poder ó de la influencia que les daban su fuerza ó sus encantos se erigieron árbitros de la suerte de Roma, de Italia, y aun de la Iglesia; los escandalosos atentados cometidos contra los Papas, la elección de muchos antipapas y los excesos de todos, causaron entonces tantos males al Cristianismo como las persecuciones más encarnizadas de sus enemigos.

Roma, abandonada entonces á sí misma, fué teatro de las mayores violencias, y más de una vez vió profanada la Silla de San Pedro por falsos Pontífices, que añadieron el cisma á los

males que ya pesaban sobre la Ciudad Santa y sobre el Pontificado.

A tal punto llegó el abuso, que la licenciosa Marozia nombraba y deponía Papas á su antojo, dándose el caso de que se hiciese pontífice á sí propio Octavio, jóven de diez y ocho años, que profanó con sus vicios y sus excesos el sagrado sòlio de los Vicarios de Jesucristo. "Horribles culpas se le imputaron, dice Cantú; el palacio de Letran trasformado en mansion de desórdenes por mujeres licenciosas; Cardenales y Obispos mutilados, privados de la vista, condenados á muerte; la celebracion de la Misa sin consumir; la pretension de ordenar á un diácono en una cuadra; el sagrado ministerio concedido á costa de dinero; un niño de diez años promovido al obispado de Todi; incendios en los cuales se le habia visto con el casco, la loriga y la espada; haber bebido en honor de las divinidades paganas (1)." Por último, hasta se atribuye su muerte á venganza de un marido ultrajado. Ciertamente que estos cargos no estan probados en la historia; pero si son falsos, acensan en aquella época un mal gravísimo: el poco respeto que se

(1) *Historia universal*, lib. X, cap. XVI,

profesaba á la autoridad del Sumo Pontífice; la pasion que animaba á los partidos, y por consiguiente la conculcacion de todo principio de justicia y de equidad.

Así se explica que un aventurero, de ignorado origen y de pátria desconocida, segun algun historiador, destronase al Papa Leon V y usurpase el sòlio con el nombre de Cristóforo, ó Cristóbal.

"Esta es, dice el mismo Cantú, la mísera condicion á que se hallaba reducida la Iglesia, por la intervencion de los señores en los nombramientos y el desbordamiento de las pasiones humanas (1)."

El usurpador no se contentó con apropiarse la autoridad del Papa, sino que le encerró en una prision; pero á los siete meses Cristóforo sufrió la pena del Talion de manos de Sergio, diácono de la Iglesia de Roma, que le privó del pontificado y le encerró en un monasterio (1).

(1) *Historia universal*, lugar citado.

(2) BERAULT-BERCASTEL, *Historia general de la Iglesia*, lib. XXVIII.—MORERY: *Gran Diccionario histórico*.

II.

Marozia, duquesa de Toscana.

(MURIO AÑO 933 DE N. S. JESUCRISTO.)

La astucia de esta mujer extraordinaria, la nobleza de su origen, sus cuantiosas riquezas, sus extensos dominios y sobre todo el cinismo con que prodigaba sus favores á cambio de nuevos feudos, la hicieron árbitra, no sólo de los destinos de Roma, sino de la sucesion de los Papas.

Marozia, patricia romana, era hija de Teodora, dama romana, que por su elevada posicion, y sobre todo por una influencia tan grande como costosa para su honra, ejerció en roma un poder absoluto á fines del siglo IX.

Hácia el año 903 Teodora casó á su hija con Alberico, marqués de Camerino, uno de los pri-

meros señores de Roma. Alberico fué asesinado en una sedicion, y su viuda resolvió extender sobre su patria, por el influjo de sus gracias, el poder á que la hacian acreedora su nacimiento y sus vastos dominios.

Es indudable que no conocemos la forma en que las mujeres ejercieron su influencia en la Edad Media, en los grandes sucesos se encuentran frecuentemente vestigios de esta influencia, pero no se sabe los medios de que se valieron para obtenerla. Seguramente las artes no vendrian en su socorro; por lo ménos nada se nos ha dicho de que Marozia, para cautivar á sus numerosos amantes, los encantase por el baile ó por la música, ó los enamorase empleando los recursos del arte de agradar.

La elocuencia y la poesía no existian en un siglo bárbaro, que no poseía ninguna lengua, y que habia olvidado el laín ántes de completar y perfeccionar el idioma que debía sustituirle. La rudeza de las costumbres no se prestaba á la coquetería moderna, y es de creer que Marozia cautivaba á los hombres que queria emplar en su servicio y provecho por medio de un abandono el más completo. Marozia, en una palabra, siguió en un todo la vida licenciosa de su madre. Tal es el juicio que ha formado la poster-

dad de esta mujer funesta, conformándose con los testimonios de muchos historiadores, y con las reflexiones que acabamos de copiar de uno de sus biógrafos (1).

Así es que Marozia fué buscada por los hombres más poderosos de Roma; y sus favores eran comprados con torres, castillos y fortalezas que le cedían sus amantes, y que le hicieron dueña de Roma y su comarca. La más importante de estas adquisiciones fué la del castillo de Santángelo, que dominaba el Tíber, la comunicacion, con la Toscana, y el cuartel del Vaticano. Una vez establecida Marozia en esta fortaleza, ofreció su mano al duque de Toscana, con quien casó al poco tiempo.

El Papa Juan X, que habia contraído alianzas poderosas y muy favorables á los intereses de la Iglesia, llamó por entónces á Italia á Hugo, duque de Provenza, con ánimo segun se cree, de coronarle Emperador; pero Marozia, á quien hubiera privado de su influencia en Roma la eleccion de un nuevo Emperador, resolvió deshacerse del Papa.

(1) MICHAUD, *Bibliographie universelle*,

Al efecto, un dia en que el Sumo Pontífice se hallaba en el palacio de Letran con su hermano Pedro, una turba de asesinos enviados por Marozia dieron muerte á Pedro á la vista de su hermano, y apoderándose del Papa le encerraron en una prision, donde, segun se dice, le ahogaron sirviéndose de una almohada.

En 931, Marozia quedó viuda por segunda vez; pero todavía fué bastante poderosa para elevar á la Santa Sede á su segundo hijo Jaan XI.

Al año siguiente casó con Hugo (*Hugues*) de Provenza, que habia sido elevado al trono de Italia.

Pero su nuevo esposo dió en cierta ocasion una bofetada á Alberico, hijo mayor de Marozia, y el jóven, para vengarse, llamó en su ayuda á la nobleza romana, y apoyado por ella, dispersó la guardia de Hugo, obligó á éste á huir, y se apoderó de su propia madre, encerrándola en un convento, donde acabó sus dias.

III.

David el David.

(MURIO AÑO 933 DE N. S. JESUCRISTO.)

Los historiadores hablan de dos impostores de esta nombre, colocando á uno de ellos en el siglo X y á otro en el siglo XII; pero las escasas noticias que nos dan de la vida de cada uno de ellos son tan semejantes, que es de creer sean uno solo; con tanta más razón, cuanto que Michaud dice que los judíos de Alemania, alterando los hechos y las fechas, forjaron en el siglo XIII la historia de otra impostor llamado David.

En efecto: todos están conformes en que David el David era un judío dado á la magia, que apareció en Persia pretendiendo pasar por Mesías, y que, engañando á los judíos del monte Haphtan con sus supercherías, les hizo tomar

las armas contra el rey de Persia, Razi-Bila. Este Monarca llamó al impostor á su córtie, ofreciendo someterse á él si acreditaba su mision. David se presentó en efecto, y el Rey le puso preso para probar su poder; pero el falso Mesías logró escaparse.

Razi-Bila envió soldados en su persecucion; mas habiéndole dicho éstos que habian oido su voz, fué en persona á buscarlo hasta el rio Gozan, donde como Moisés, separó David las aguas con su manto y desapareció.

Irritado el Monarca, escribió á todas las sinagogas establecidas en sus Estados amenazándolas con la destruccion si no impedian á David el ejercicio de la magia. Amedrentados los judíos, procuraron persuadirlo que no usase más de sus encantamientos,

A pesar de todo, David continuó firme en su propósito, hasta que, ganado su suegro por una gran suma de dinero, le mató á puñaladas en ocasion en que el impostor se hallaba dormido en su propia casa (1).

Otros dicen que se puso precio á su cabeza, y que su suegro, impulsado por la recompensa,

(1) FELJOO, *Teatro crítico*, tomo VII, pág. 148,

le convidó á cenar, y, despues de haberle emborrachado, le decapitó (1).

El erudito Feijóo dice que el rey de Persia no tardó en apoderarse de David, y habiéndole exigido una prueba de su poder, se ofreció á que le degollasen, asegurando que resucitaria. En una carta ó escrito titulado *Rambam* (2), que Vorstius insertó íntegro en la *Cronologia* de R. Ganza en el año 4095, se dice que David apeló á este medio para librarse de los tormentos que se le preparaban.

Sea de esto lo que quiera, es lo cierto que David el David fué degollado, y que hasta ahora, como dice el P. Feijóo (3), está muerto y lo estará hasta el Juicio final.

(1) MICHAUD, *Bibliographie universelle*.

(2) Bajo este nombre suele designarse al doctísimo judío Moisés Maimonides, con cuyas iniciales se formó aquel anagrama que significa Rabbi-Moisés-Ben-Maimon. Parece, pues, que el escrito citado es original de este célebre judío cordobés.

(3) *Teatro crítico*, tomo VIII, pág. 149.

IV

Teofilacto, patriarca de Constantinopla.

(MURIO AÑO 956 DE N. S. JESUCRISTO.)

Apenas contaba Teofilacto diez y seis años de edad cuando fué elevado á la Silla patriarcal de Constantinopla, que gobernó Trifon durante la menor edad del Patriarca.

Teofilacto, que era eunuco y ambicioso, vendía con escándalo las dignidades y los beneficios eclesíásticos; y su vida fué tan escandalosa, que Curopalates no se atrevió á escribir todas sus torpezas. Introdujo en la Iglesia cantos y danzas impropias de los templos; y tenia tal afición á los caballos, que llegó á poseer dos mil, y los alimentaba con almendras, avellanas, dátiles y otros frutos delicados.

Su pasión por estos animales era tal, que los historiadores refieren este suceso escandaloso:

Hallábase el Patriarca en un Juéves Santo celebrando de pontifical los sagrados Oficios en

la iglesia de Constantinopla, cuando uno de sus servidores le anunció que acababa de parir la yegua *Phorbante*, á la cual tenia el Prelado en mucha estima; y no pudiendo contenerse, suspendió el Oficio divino, y corrió presuroso á sus caballerizas para enterarse por sí mismo del estado de aquel animal, volviendo luego á continuar el Oficio.

Algun tiempo despues, y corriendo un fegoso caballo, recibió tan fuerte golpe contra una pared, y perdió tanta sangre, que le resultó una hidropesía, de la cual murió á los cuarenta años de edad (1).

V.

Simando, obispo de Compostela.

(MURIO AÑO 968 DE N. S. JESUCRISTO)

Este Prelado, más inclinado á manejar la espada del guerrero que á llevar el báculo del apóstol,

(1) BARONIO: *Annal.*—FLOREZ: *Clave historial*, siglo X.—BERAULT-BERCASTEL: *Historia general de la Iglesia*, lib. XXVIII.

tol, habia solicitado y obtenido del rey Sancho el permiso de fortificar á Compostela, eo pretexto de poner el templo del Santo Apóstol al abrigo de las incursiones de los normandos, que se habian dejado asomar por la costa de Galicia. Y, en efecto, circunvaló la ciudad de torres, fosos y murallas, pero sacrificando para ello á sus fieles; de tal manera, que el monarca, viendo no obedecia sus amonestaciones, marchó contra él, le depuso y colocó en su Silla á Rosendo, obispo que era de Mondoñedo, y muy respetado por sus virtudes.

El Obispo guerrero no olvidó su afrenta, y apenas murió Sancho vengóla, y recobró su Silla de la manera violenta que refiere Lafuente en los términos siguiente:

“Reposaba tranquilamente en su lecho la noche de la Natividad del Señor el venerable prelado de Compostela Rosendo, cuando un ruido que sintió en su dormitorio le hizo despertar despavorido y sobresaltado; un personaje armado de espada y de coraza levantaba con la punta del acero el lienzo que le cubria: seguidamente vió amenazado su pecho con la punta de aquella misma espada. ¡Cuál seria la sorpresa del virtuoso Obispo al reconocer á su antecesor Simando, el Prelado depuesto por Sancho, que,

habiendo despues de la muerte del Rey recobrado la libertad con ayuda de sus parientes; se presentaba á reclamar la Silla episcopal de aquella manera y por aquel mediol. A semejan- te insinuacion, el sobrecogido prelado mostróse dispuesto á ceder su bñelo, más no sin tener va- lor para recordar al Obispo guerrero aquellas de Cristo: "El que maneja el acero, por el acero "perecerá." Y despojándose de sus vestiduras episcopales, se retiró resignado al monasterio de San Juan de Cabero, edificado por él, y des- pues al de Celanova, fundado tambien por él mismo, donde vivió santa y traquilamente por espacio de diez años hasta el fin de sus dias."

El mismo Lafuente reseña así el fin del usur- pador Sisnando:

"En cuanto á Sisnando, cumpliése en él la sen- tencia de la noche de Navidad. Habiendo los nombrados y frisones acometido de nuevo la Ga- licia con una flota de cien velas, al mando de su rey Gunderedo, y derramándose por la comarca de Compostela, talando, devastando y cautivan- do hombres y mujeres, segun su costumbre, ar- móse loca y desesperadamente el guerrero obis- po Sisnando de todas armas, y con su gente sa- lió furioso en busca de los invasores; hallólos cerca de Fornelos, los acometió, pero pagó su

temeridad, cayendo atravesado de una saeta, con lo que huyeron los suyos, quedando los nombar- dos dueños del campo (1)."

VI.

Nicéforo II, llamado Focas.

(MURIO AÑO 969 DE N. S. JESUCRISTO.)

Bajo el reinado de Romano I, emperador de Oriente, mandaba el ejército el hábil general Nicéforo Focas, célebre por sus triunfos sobre los sarracenos, á quien José, jefe del palacio del Emperador, queria destruir, porque habia sospechado aspiraba á la corona. El astuto Ni- céforo lo supo, y para inspirar confianza al mi-

(1) LAFUENTE: *Historia general de España*, parte 2^a, lib. I,

nistro se presentó á él y le dijo que, cansado de las grandezas humanas, había resuelto retirarse á un monasterio, y deseaba que para varificarlo le relevasen de la jefatura del ejército. José, conmovido, le confesó sus sospechas, le pidió perdón y le suplicó que continuase en su puesto, á lo cual accedió el hipérita Nicéforo, que, granjeándose la voluntad del ejército, fué proclamado al fin Emperador.

Siguiendo como tal la guerra que como general hizo á los sarracenos, consiguió sobre ellos grandes victorias, desposeyéndolos de la Siria, la Sicilia y la isla de Chipre, con Antioquia y Trápoli; pero Nicéforo, más á propósito para ceñir el laurel de los campos de batalla que la diadema imperial, si fué grande como general, en cambio se hizo odioso como Monarca para su pueblo y para la historia. En efecto: no solo suprimió las pensiones que sus predecesores habían concedido á las iglesias y á los institutos religiosos, sino que prohibió por una ley general que pudiesen aumentar su patrimonio, bajo el pretexto de que los Obispos hacían mal uso de aquellos bienes. Es más: cuando moría algun Prelado, enviaba Nicéforo comisarios para arreglar los gastos del funeral, y despues se alzaba con el remanente de los bienes.

Por último, promulgó una ley, que suscribieron algunos Prelados cortesanos, en la que prohibía fuesen consagrados los Obispos sin orden expresa del Emperador.

Estas y otras medidas de gobierno, tan tiránicas como imprudentes, ingratitud con que pagó los eminentes servicios prestados por el patricio Burzes en la guerra contra los árabes, y el destierro de Juan Zimisceo, célebre por sus victorias, pusieron el colmo al descontento general, y prepararon su ruina en una conspiracion fraguada por Zimisceo y la misma emperatriz Teofanía, unidos hacia tiempo en criminales relaciones. Zimisceo, que vivía desterrado, obtuvo por medio de la Emperatriz el permiso de establecerse en Calcedonia, con la condicion de no entrar en Constantinopla; pero el paso del Bósforo no fue obstáculo á la pasión de la Emperatriz y del general Zimisceo, que atravesaba el estrecho durante la noche y entraba en palacio secretamente. Finalmente, no pudiendo Teofanía sufrir á su esposo, inclinó á su amante á usurpar la corona á Nicéforo, ofreciéndole secundarle con todas sus fuerzas; y como Zimisceo estaba descontento y era ambicioso, no se resistió.

Resuelto ya á realizar su plan, algunos de sus amigos fueron introducidos y ocultos en un lu-

gar retirado de las habitaciones de la Emperatriz. La tarde del día 10 de Diciembre de aquel mismo año (969) un clérigo del palacio entregó al Emperador un escrito en que le anunciaba debía ser asesinado aquella misma noche, y le excitaba á que hiciese registrar las habitaciones de la Emperatriz, donde se encontraría á los conjurados. El Emperador dió orden á uno de sus cortesanos para que practicasen el registro; pero, fuese por traicion ó negligencia, el servidor de Nicéforo lo registró todo ménos el lugar donde estaban los conjurados. Aquella misma noche Zimisces, acompañado de algunos otros cómplices, arribó al puerto de Bacleon, al pié de las murallas del palacio, donde gente apostada por la Emperatriz les facilitó la subida con unos cestos. En seguida se dirigieron, con los que habian permanecido ocultos, al lecho del Emperador, y no encontrándole se preparaban ya á huir, creyéndose descubiertos, cuando un eunuco los condujo al sitio donde dormia Nicéforo, en la fortaleza que habia hecho construir, y que comunicaba con el palacio. Los conjurados le encontraron tendido en el suelo sobre una piel de oso. Zimisces le despertó de un puntapié, y otro de los conjurados le golpeó la cabeza con su espada. El desgraciado Nicéforo fué arrastrado en

seguida á los pies de Zimisces, que le colmó de injurias, le arrancó la barba y le hirió el rostro con el pomo de la espada. Durante aquellos terribles momentos, Nicéforo repetía únicamente estas palabras: "¡Dios mio, tened piedad de mí!" Al fin uno de los conjurados le dió la muerte, atravesándole de una lanzada. La guardia y el pueblo acudieron en tumulto alrededor del castillo; pero solo pudieron ver la cabeza del Emperador, que se les mostró á luz de unas antorchas, por una ventana de la fortaleza. A su vista todos huyeron; Zimisces quedó dueño del palacio, y sus cómplices recorrieron la ciudad aclamándole Emperador (1).

(1) ANQUETIL: *Compendio de la historia universal*, traducida por Vasquez, tomo VII.—FLOREZ: *Clave historial*, siglo X.—BERAULT-BERCASTEL, *Historia general de la Iglesia*, lib. XXIX.—MICHAUD, *Bibliographie universelle*, ZIMISCES,

VII.

Bonifacio Franco, antipapa bajo el nombre de Bonifacio VII.

(MURIO AÑO 984 DE N. S. JESUCRISTO.)

Los desórdenes que afligieron á la Iglesia romana en esta época, según hemos dicho ya, se extendieron á la misma Roma, cuya situación no podía ser más triste cuando, por muerte de Juan XIII, fué elegido para sucederle el Papa Benedicto VI, que solo ocupó la Silla Apostólica unos diez y ocho meses, pues queriendo conservar los derechos de la Iglesia y del imperio, fué víctima del poderoso Crescencio y del ambicioso cardenal Franco, que, aprovechándose de la muerte del emperador Othon I, se apoderaron del Papa, le encerraron en el castillo de Santángelo, donde murió de hambre ó estrangulado por órden del Cardenal, que se hizo elegir Papa, y tomó el nombre de Bonifacio VII.

Pero el usurpador no profanó por mucho tiempo el Sólío Pontificio, pues á los pocos meses la reacción que se operó en Roma, y en que tomaron una parte muy activa el pueblo y una de las ramas de la familia de los condes de Tusculo, obligó á huir al antipapa, que se refugió en Constantinopla, llevándose los tesoros del Vaticano.

Mientras tanto, se eligió á Domno II, ó á Benedicto VII, pues algunos historiadores no incluyen al primero en el catálogo de los Romanos Pontífices, y Franco fué excomulgado en un sínodo celebrado en Roma.

Benedicto murió, según Dollinger, poco ántes que Othon II, sucediéndole Pedro, obispo de Pavía, bajo el nombre de Juan XIV.

El día 7 de Diciembre del año 983, falleció en Roma Othon II, el protector de la Iglesia, y el antipapa Franco, que no tenia ya que temer el poder de los alemanes, volvió á Roma, y ayudado de sus partidarios, se apoderó del Papa y le encerró en el castillo de Santángelo, donde murió de hambre ó envenenado. Su cadáver fué expuesto á las puertas del castillo, para escarnio del partido del Emperador, y Franco ocupó de nuevo la Silla de San Pedro.

A los pocos meses, el antipapa murió derepente. No llegó, por tanto, el falso Pontífice á la roca Tarpeya; pero su cadáver, arrastrado por las calles de Roma y destrozado á lanzadas, quedó abandonado en medio de la plaza del Capitolio, á los pies del caballo de la estatua de Marco Aurelio (1).

VIII.

Crescencio Numantino, patricio romano.

(MURIO AÑO 986 DE N. S. JESUCRISTO.)

Othon I logró calmar las divisiones políticas que asolaban la Italia y contener á la nobleza romana en sus aspiraciones; pero apenas murió aquel Emperador, renacieron las pasadas discordias y se renovó la lucha.

1) BARONIO: A. C. 174 985.—WETZER y WELTE
Dict. encyclop. de Theologie Catholique,

Crescencio, descendiente de los condes de Tusculo, que por tanto tiempo habian monopolizado la Santa Sede, colocando en ella á sus hechuras, pretendió de nuevo hacerse árbitro de la eleccion de los Pontífices; y no queriendo esperar á que vacára la Santa Sede, redujo á prision al Papa legítimo, Benedicto, VI, y puso en su lugar al cardenal Bonifacio Franco, que tomó el nombre de Bonifacio VII.

Al cabo de algun tiempo, murió Benedicto en su encierro; mas una gran parte del pueblo romano, y una rama de la familia de los condes de Tusculo, volvieron por los intereses del Pontificado, y el antipapa tuvo que abandonar la ciudad (1).

Benedicto VII fué elevado entonces al Sello Pontificio, con el sentimiento de Othon II.

A los pocos años murió el Padre Santo, y aquel mismo año falleció tambien el Emperador.

(1) Muchos autores confunden á Benedicto VI con Benedicto VII, y otros, como Febre de St.-Maro, pretenden que Benedicto VII era el mismo Benedicto VI, que pasaba por muerto en su prision, y que habiendo vuelto á ocupar la Cátedra de San Pedro, fué tenido por los extranje-
ros por otro Benedicto,

después de haber contribuido á la elección del Papa Juan XIV. No obstante, aunque se restableció el orden en Roma, la dominación de Othon II en Italia se apoyaba en bases muy débiles.

El nuevo Pontífice ocupó tranquilamente la Santa Sede mientras permaneció en Italia Teofanía, viuda de Othon II; pero cuando esta marchó á Alemania, el antipapa Bonifacio VII volvió de Constantinopla, y gracias al influjo de los griegos y del partido cismático, promovió una sedición en Roma, que le hizo dueño del castillo de Santángelo, donde encerró al Papa, y le dió muerte al cabo de cuatro meses de cruel cautividad.

El antipapa murió repentinamente al poco tiempo, y elegido Sumo Pontífice Juan XV, se abrigó la esperanza de que se restableciera el orden y la paz; más el partido de Marozia, y Crescencio, hijo del antiguo jefe del partido cismático y cruel perseguidor de los Papas Benedicto VI y VII y Juan VII, volvieron á agitarse y suscitaron una nueva guerra. Crescencio asumió entonces la soberanía de Roma bajo el título de cónsul, y obligó al Papa á refugiarse en Toscana. No obstante, Juan XV pudo volver á Roma, porque Crescencio se reconcilió con

él al saber que había solicitado la protección del Emperador.

La permanencia de la Emperatriz Teofanía en Roma consolidó la paz, aunque no por mucho tiempo, pues apenas volvió á Alemania aquella princesa, el Papa cayó de nuevo en poder de Crescencio, que explotó su esclavitud para enriquecerse, hasta el punto de que para poder asistir á las audiencias concedidas por el Padre Santo era necesario enviar á Crescencio ricos presentes en dinero, alhajas ó caballos.

Por otra parte, Crescencio ejercía en Roma una odiosa tiranía; y tales fueron sus violencias, que el Papa, de acuerdo con los romanos y lombardos, llamó en su auxilio á Othon III, que acudió en su socorro con formidable ejército.

Juan XV murió ántes de que el Emperador llegara á Roma, y por indicación de éste fué elegido su sobrino Brunon, bajo el nombre de Gregorio V, y á Crescencio se le condenó al destierro.

No obstante, temiendo el Papa que la facción de Crescencio volvería á turbar la paz cuando se retirara el Emperador con su ejército, intercedió por él, y Othon le acogió con clemencia, jurando Crescencio ser fiel al Emperador y al Papa.

Al poco tiempo Crescencio, olvidando sus juramentos y la gratitud que debía al Papa, comenzó á conspirar contra él, explotando en su favor las violencias de los tenientes del Emperador, de las que se hacia injustamente responsable al Papa, y al cabo erigió antipapa al arzobispo Juan Filagato. El Pontífice Gregorio V tuvo que huir de Roma; pero la hora de la justicia habia sonado, y la Santa Sede no tardó en triunfar de sus enemigos.

En efecto: Othon III acudió una vez mas en defensa de la Santa Sede con sus tropas, reforzadas por los contingentes lombardos, y Crescencio se encerró con sus partidarios en el castillo de Santángelo, baluarte de su tiranía, que fué sitiado de órden del Emperador por Ekkerardo, margrave de Mussen, que se apoderó de él por asalto.

Crescencio fué hecho prisionero, y degollado en la parte alta del castillo, y su cuerpo, trasportado á un monte vecino, fué colgado de una horca.

IX.

Juan Filagato, arzobispo de Plasencia (Italia), antipapa bajo el nombre de Juan XVI.

(MURIO AÑO 998 DE N. S. JESUCRISTO.)

El verdadero cautiverio á que tenia reducido el poderoso prefecto de Roma, Crescencio, á Juan XI, obligó á este Pontífice á implorar el auxilio de Othon III, que voló en su socorro con formidable ejército; pero aún no habia llegado el Emperador á Roma, cuando se le presentaron enviados del clero, del Senado y del pueblo á comunicarle la noticia del fallecimiento del Romano Pontífice, y á pedirle desigarse la persona que creia mas digna de ocupar la Santa Sede. El Emperador designó á Brunon, de la familia imperial, y Brunon entró al poco tiempo en Roma, siendo aclamado por el clero y el pueblo y consagrado el dia 3 de Mayo del año 996, bajo el nombre de Gregorio V.

Algunos días después, el Emperador entró en Roma, donde fué coronado por el nuevo Pontífice, y citó ante su tribunal á Crescencio para castigar sus violencias y asegurar la paz. Crescencio fué condenado al destierro; pero por intercesion de Gregorio V la sentencia quedó sin efecto, y el tirano repuesto en el ejercicio de sus funciones de cónsul ó prefecto de Roma, de que tanto había abusado en perjuicio de la Santa Sede.

La ingratitud de Crescencio se manifestó bien pronto, porque, explotando en su favor el ódio del pueblo á los extranjeros y su disgusto por las arbitrariedades de los comisarios imperiales, de que injustamente se hacia responsable al Papa, comenzó á preparar las cosas de nuevo para hacerse señor de Roma y árbitro de los destinos del Pontificado.

Al efecto, entró en inteligencias con Juan Filagato, arzobispo de Plasencia, que, provisto de una gran suma de dinero, y contando, segun parece, con el apoyo de los griegos, se retiró á su vuelta de Oriente á lugar seguro para esperar la explosion de aquel complot.

A principios del año de 997 estalló la sedicion. Los funcionarios imperiales fueron reducidos á prision por el pueblo, y el Papa apenas

tuvo tiempo para ponerse en salvo. En seguida Crescencio y el pueblo elevaron á la Santa Sede al arzobispo Filagato, que adoptó el nombre de Juan XVI.

Gregorio V puso en conocimiento del Emperador los sucesos de que habia sido víctima, y reunió un Concilio en que fueron anatematizados Crescencio y el antipapa, como usurpadores de la Iglesia romana.

A fines de aquel mismo año, Othon III marchó sobre Roma en compañía del Papa.

Al saberlo, el antipapa se refugió á un castillo próximo á Roma; pero el conde Berthilon se apoderó de él y cortándole las manos y las orejas, después de hacerle sacar los ojos, le llevó á Roma, donde fué encerrado en un calabozo.

Por último, el antipapa fué entregado á los romanos, que montándole á la inversa en un asno y poniendo entre sus manos la cola del animal, le pasearon por las calles de la ciudad, obligándole á gritar que así se castigaba á los que pretendian destronar á los Papas: *Tale supplicium patitur qui Romanum Papam de sua Sede peilere nititur* (1).

(1) PEDRO DAMIANO: *Epist.* 2. ad *Cardol.*, etc.

X.

Leutard.

(MURIO AÑO 1000 DE N. S. JESUCRISTO.)

Algunos historiadores, refiriéndose al siglo X, hacen notar la circunstancia de que en dicho siglo no hubo ningún hereje. Esta observación, sin embargo, no es del todo exacta, porque si bien es cierto que en ese período de tiempo no surgió ninguna herejía que alterara profundamente la paz de la Iglesia, hubo, no obstante, algunos herejes cuyas doctrinas no pasaron completamente desapercibidas, agregando esta nueva amargura á las muchas con que aflijeron á la Esposa del Cordero las violencias de los po-

derosos que aspiraban al dominio de Roma, y los numerosos antipapas que en aquella época funesta disputaban la posesión de la Santa Sede á los legítimos Vicarios de Jesucristo.

En efecto: en el año 1000 apareció en un pueblo de Francia, no lejos de Chalons, un hombre llamado Leutard, y á quien se considera como precursor de los nuevos maniqueos, ó cátaros, que, fingiéndose loco, predicaba doctrinas heréticas, de carácter maniqueo, apoyándose en pretendidas revelaciones divinas y en la Sagrada Escritura. Este Leutard se separó cierto día de su mujer, por orden, según dijo, del Evangelio, salió de su casa para hacer oración, y penetrando en la iglesia, tomó una cruz y rompió la imagen del Salvador. Las personas que presenciaron horrorizadas aquel sacrilegio tomaron á Leutard por loco; pero el hereje trató de hacer creer que había obrado de aquella manera en virtud de inspiración del cielo.

Gracias á sus falsedades, y sobre todo á que enseñaba que no se debía pagar el diezmo, logró reunir Leutard un gran número de partidarios. El Obispo de la diócesis le hizo comparecer á su presencia; mas el herejiarca, lejos de reconocer sus errores y abjurarlos los sostuvo, invocando varios testimonios de la Sagrada Escritura.

El Prelado procuró entonces desengañar á los ilusos que habian abrazado aquellas doctrinas, y atraerlos al seno de la Iglesia, como lo consiguió; y Leutard, abandonado de todos, se volvió loco y se arrojó á un pozo, donde murió (1).

(1) WETZER Y WELTE: *Dict. encyclop. de Theolog. cathol.*

CAPITULO VIII.

SIGLO XI.

Sumario.—I. Estéban y Lisedo de Orleans.—II. Herberio de Orleans.—III. Hucfrol, arzobispo de Rávena.—IV. Nizon, arzobispo de Frisinga.—V. Benedicto X, anti-papa.—VI. Miguel Cerulario.—VII. Cadolo, antipapa.—VIII. Boleslao I, rey de Polonia.—IX. Manassés, arzobispo de Reims.

I.

Estéban y Lisedo de Orleans, herejes.

(MURIERON AÑO 1022 DE N. S. JESUCRISTO)

Francia, y muy especialmente la ciudad de Orleans, fueron á principios del siglo XI el teatro elegido por la herejía para agitar de nuevo la paz de la Iglesia.

Dos eclesiásticos de aquella ciudad, llamados Estéban y Lisedo, que gozaban gran reputacion